

De actualidad



La tetrarquía española

—Esto, amigo mío, es pavoroso; en España reina hoy la frivolidad. Mientras se oye bajo tierra los truenos del estallido que se acerca, las gentes sólo piensan en divertirse, en apurar los días que les quedan de holgorio. A todos les sale todo por una friolera. Esta monarquía...

—¿Monarquía? ¿Pero usted cree que España es monarquía? No, España es una tetrarquía; son cuatro los reyes que aquí reinan y lo que es peor, desgobiernan.

—¿Cuatro reyes?

—Sí, cuatro; dos Augustos con sus dos Césares, como cuando el Imperio Romano, dividido entre Oriente y Occidente, entre Roma y Bizancio, tenía dos Augustos con sus sendos Césares en cada una de aquellas ciudades capitales.

—¿Y son?

—¡Parece imposible que no lo haya adivinado! Los cuatro reyes que rigen hoy a España son el de Espadas, el de Bastos, el de Oros y el de Copas.

—¿Y dónde deja usted los ases?

—Ya iremos a ellos y hasta a las sotas. Porque cada rey de éstos tiene una sota a su servicio y un as que le abroquele.

—¿Y los Augustos y sus Césares?

—Los Augustos son el rey de Espadas y el de Oros y sus respectivos Césares el de Bastos y el de Copas. A la Espada sucede el Basto y ambos forman la pareja imperial del palo corto; al Oro sucede la Copa y son la pareja imperial del palo largo; aquella romana, ésta bizantina.

—¿Y no cree usted que aquí quien de veras domina, quien no deja gobernar ni gobierna es el Rey de Espadas?

—Se equivoca usted. La pobre Espada, el espadón, depende de su César, del Basto. Ella nos trajo el Basto y tiene que sufrirlo. No; el más poderoso de nuestros cuatro reyes, el

verdadero rey, el que reina de verdad, es el de Oros. Que juega con sus oros y luego toma la copa de su César y... se divierte.

—¿Pero así como sobre los dioses todos del Olimpo reinaba soberano el Hado, la Ananke, no reina aquí acaso soberana sobre esos cuatro reyes de nuestra tetrarquía, la Frivolidad?

—Esa no reina; impera. E impera terrible convirtiéndolo todo en juego. Su nombre es el Azar. Se juega a espadas, a bastos, a oros, a copas. La espada es un juguete y lo es el oro.

—¿Y los ases?

—Dejémoslos ahora. Tiempo habrá de que hablemos del As de espadas, que se llama Bernardo —y no el del Carpio— o por otro nombre el Enano de la Venta, y del As de Bastos, el Bastón o Mamporro y del de Oros y del de Copas. Pero fijese en

que el As de Oros, el Orón, es el verdadero broquel, la rodela de la tetrarquía.

—¿Y las sotas?

—Para otra vez las sotas. Y verá como la más interesante y la más influyente es la sota de copas. Es la más alegre y divertida. Y la que más codillos da. Como que yo tengo un amigo que jugando al tresillo va a la vuelta con un rey y la sota de copas y sin as ninguno. "Ya vendrán la Espada y el Basto —suele decirme— en cuanto vean juntos al rey y a la sota de copas".

—¿Bueno, pero no le parece a usted que todo esto que estamos ahora aquí diciendo no es más que ganas de jugar al ingenio?

—¿Y qué poco nos da este juego, amigo mío! Pero entre tanto se mata el tiempo, y matar el tiempo es el oficio litúrgico de la frivolidad imperante. ¿Además, vamos a tomar acentos proféticos, apocalípticos, y a fulminar imprecaciones? ¿Vamos a ponernos serios?

—Sí, el ponerse serio es hoy lo más ridículo en España. ¿Pero... no cree usted que el valor que más está faltando es el de afrontar el ridículo? ¿No cree usted que es ese el verdadero valor cívico?

—¡Ya está usted en la quijotería, amigo mío! Por mi parte no sé que decirle. No me siento dueño de mi cabeza. O me he vuelto sordo o estoy asistiendo a un cine de sombras chinescas. Todo eso de si el Presidente va o viene, de si almorzó con éste o con aquél, de si va o no a pedir el decreto; de si los otros se unen o no y de si cuentan o no cuentan con la colaboración de tal margen, todo esto me marea. Y como no oigo nada me parece que sueño. Y a solas me pongo frente al espejo y me palpo a observar si me siento de peso y de tomo, y carraspeo para oírme. Y me encierro en mi celda. Y luego trato de burlarme de mis veras y de mis burlas, y de acogerme al optimismo oficial tetrárquico.

—¿Claro, no va uno a suicidarse!

—¿Pero es que no cree usted que todo lo que estamos haciendo y diciendo no es otra cosa que suicidarse? ¿No se le ha ocurrido pensar si es que no estamos asistiendo a un alegre y confiado suicidio moral colectivo?

—¿Pues qué otra cosa vamos a hacer?

—Qué se yo... Llegué a pensar si construir como Noé, un arca navegante, pero...

—Pero que...

—Que embarcarían en ella, en el Arca, los cuatro reyes con sus cuatro ases y sus cuatro sotas y cerrándose allí nos dejarían a merced de las aguas del diluvio...

MIGUEL DE UNAMUNO